

Antonio G. Iturbe / Alex Omist

# La Isla de Susú

¡Silencio, se rueda!



# La Isla de Susú

¡Silencio, se rueda!

Este libro es de

---

*A Darío y Néstor.*

Proyecto y dirección: EDEBÉ  
© Texto: Antonio G. Iturbe  
© Ilustraciones: Alex Omist  
Dirección editorial: Reina Duarte

© Edición: Edebé, 2014  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41  
contacta@edebenet

1.<sup>a</sup> edición, marzo 2014

ISBN 978-84-683-1173-9  
Depósito Legal: B. 2118-2014  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

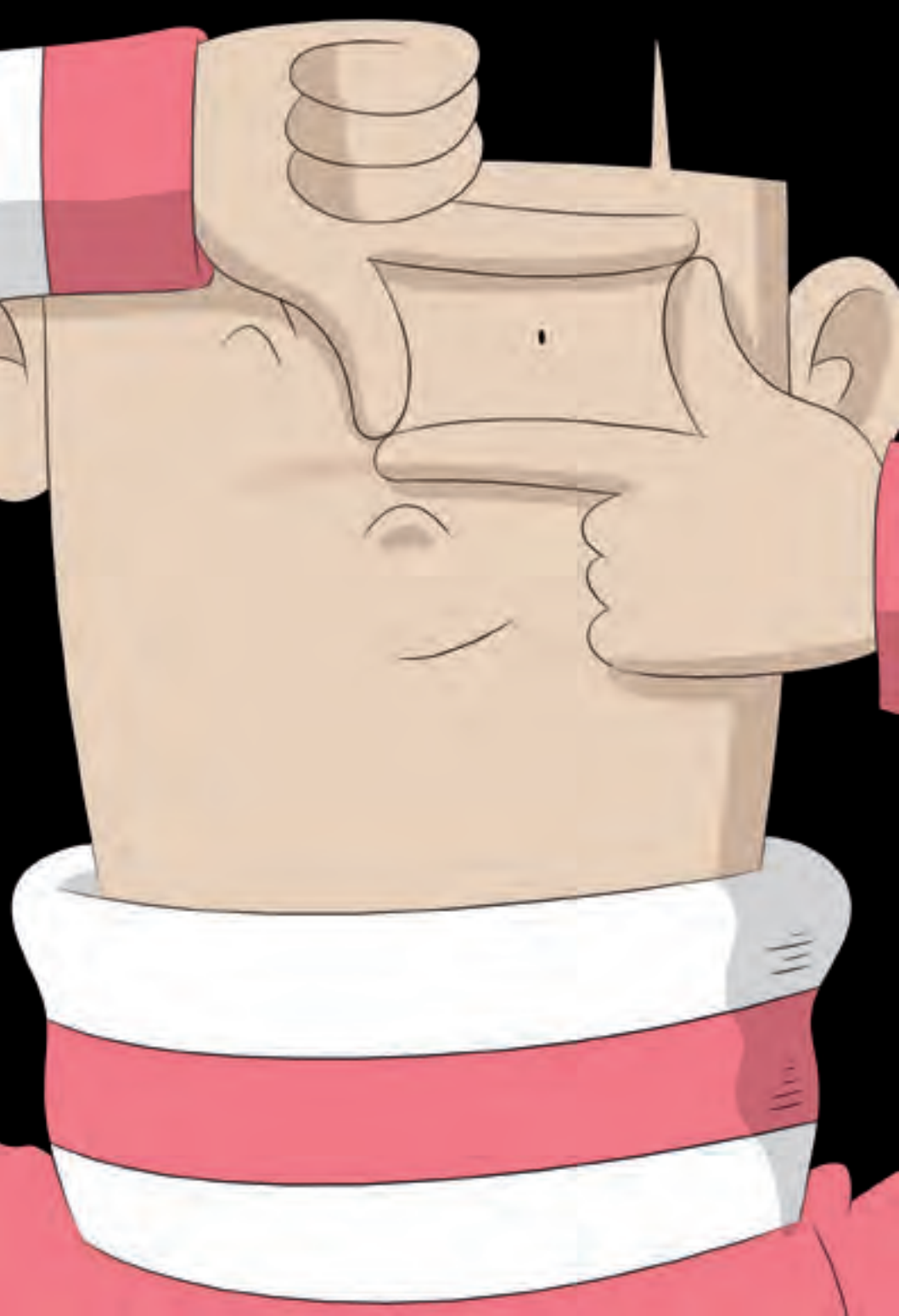
# La Isla de Susú

¡Silencio, se rueda!



Antonio G. Iturbe / Alex Omist

**edebé**

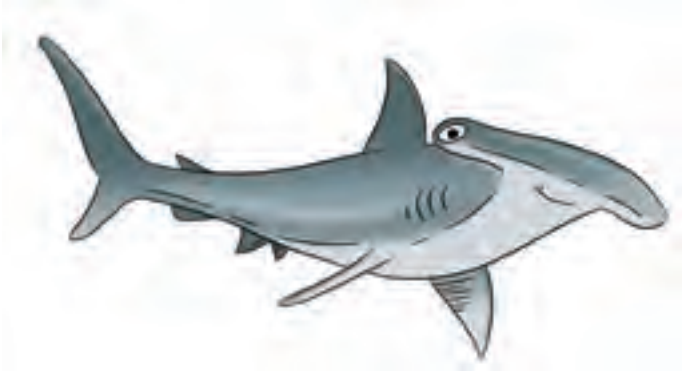
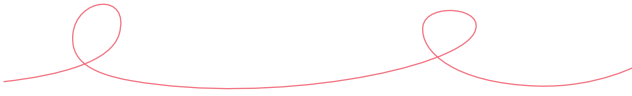


## Índice

Un saludo de narices	7
Modelos por los pelos	25
Susú ve la luz	36
Un rodaje glorioso	56
Una noche muy negra	70







## Un saludo de narices

**S**usú trabaja toda la mañana en su jardín submarino bajo las aguas cristalinas de **Isla Marabú**. Las **posidonias** han crecido mucho y forman un pequeño bosque sumergido. Las algas rojas se mecen con la corriente.

«¡Parecen las melenas de unas chicas pelirrojas!», piensa **Susú**.

Aunque la corriente submarina es muy fuerte, ella consigue mantenerse firme en el fondo gracias al viejo traje de submarinista con botas de plomo.



«¡Fue una suerte encontrar este traje en la **Casa de los Buzos!**», se dice **Susú**.

Recolecta unas cuantas algas llamadas *Codium*. Ella prefiere llamarlas fideos de mar.

—¡Irán perfectas para hacer una sopa! ¡De segundo plato me comeré una superhamburguesa!

**Susú** se queda un momento pensativa...

«Es mi última hamburguesa. Tendré que saborearla bien. No podré comer otra hasta que vuelva el barco de suministros del **capitán Krug** dentro de diez días».

Es el problema de vivir en una **isla** en medio del mar. Hay que esperar a que el barco llegue con comida, revistas y los encargos que se le hayan hecho al **capitán Krug**. Sin embargo, **Susú** está contenta de haberse venido a vivir aquí. **Tío Rufus**, su loro, le hace compañía, aunque sea algo gruñón. A veces va a comer a la fonda de la estrafalaria **señora Pomponius**, capaz de preparar los platos de comida más locos que uno haya probado nunca. También suele conversar con el farero, el **señor Zin**, que siempre tiene respuestas





para todo. Pero, sobre todo, le gusta jugar con **Maui**, ese chico maorí tan simpático que vive con su familia en una cabaña cerca del **volcán**.

Antes de regresar al pozo para subir hasta la Casa de los Buzos, donde vive, se queda mirando el paisaje submarino. Sobre el bosque de algas, sobrevuela nadando a toda velocidad un banco de sardinas brillantes como flechas de plata. Son



como un pelotón de ciclistas minúsculos. ¡Van a toda pastilla, muy juntas, sin tropezar nunca!

Un pulpo se mueve perezosamente encima de una roca y un enorme besugo ha decidido darse un paseo por su jardín sumergido. **Susú** piensa que, si en el fondo del mar se pudiera escuchar música y cocinar hamburguesas, sería un buen lugar para vivir...

«¡Un poco húmedo!», piensa divertida.

Finalmente sube por el interior del túnel que une el fondo del mar con su casa y llega hasta la boca del pozo, ubicada dentro del armario ropero.

Entra chorreando y saluda muy alegre a **Tío Rufus**.

—¡Ya estoy aquí! ¿A que estás contento de verme de vuelta a casa?



—¡Cooooooooompletamente equivocooooooooo! —berrea el loro.

—La próxima vez que elija un animal de compañía, será un eriizo de mar... ¡Seguro que es más afectuoso que tú!

—¡¡¡Cooooooooompletamente equivocado!!!

**Después de comer**, **Susú** se dirige a toda prisa a visitar a la **familia Karité**. Quiere pedirle a **Maui** que le enseñe a hacer esos dibujos geométricos tan alucinantes que los maorís llevan tatuados.





Por el camino se cruza con la dueña de la **Posada del Marinero**, el único hotel de **Isla Marabú**, donde nunca hay ningún huésped.

—¿Qué hace por aquí, **señora Pomponius**?

—Estoy recogiendo moras para un nuevo plato que voy a incluir en la carta de mi restaurante.

—¿Qué plato será ese?

—Tortilla de moras con salsa de tentáculo de calamar... ¡Te va a encantar!

**Susú** pone cara de haberse tragado una avispa y disimula diciéndole que se va corriendo porque llega tarde.

«¡Puuuuuuuuuajjjj!», piensa. «¡Menos mal que no hay clientes en la *Dorada del Marinero*, porque se desmayarían al ver los platos de la **señora Pomponius!**»

En cambio, cuando se acerca a la cabaña de la **familia Karité**, empieza a oler de maravilla. **Maui** la está esperando.

—¡Hola, **Susú!**

**Maui** camina hacia ella y acerca su cabeza. Ella también acerca la suya hasta que se juntan la frente y la nariz de ambos. A **Susú** todavía le resulta un poco raro ese saludo. Los maorís lo llaman *hongí*. ¡Pero es muy divertido!

—Mira, esta es mi mesa de trabajo —dice **Maui** señalando un tronco de madera partido por la mitad al que le han puesto cuatro patas hechas de ramas de árbol—. Aquí estudio por las mañanas con mi hermana pequeña.

—¿Y quién es tu profesor?

—Mi madre me enseña todo lo que necesito saber de la naturaleza y también canciones. Mi padre me enseña **leyendas maorís** y me cuenta





cuentos. Y el farero, el **señor Zin**, me da clases de matemáticas y otras cosas.

—¡Vaya colegio más familiar!

**Maui** toma un recipiente hecho con una cáscara de coco. Dentro hay un líquido de color verdoso.

—¿Qué es?

—Es tinta hecha con plantas machacadas. Y para que el verde sea más oscuro se le echa un poquito de madera quemada y triturada.

—¿Y con eso os tatuáis la piel?

—Es una tradición. Por las tardes practico sobre estas cortezas de árbol para aprender a ser un buen tatuador de mayor, como mi padre.

**Maui** toma una pluma de albatros y dibuja muy despacio, con muy buen pulso, varias líneas rectas y curvas hasta formar un bonito trazo geométrico.

—¡Prueba tú!

**Susú** toma la pluma y empieza a pintar muy deprisa..., pero todas las líneas se le tuercen y la tinta lo emborrona todo.



—¡Jopeta, qué difícil!

—Es que vas demasiado deprisa, **Susú**. ¡Imagínate si fueras así de deprisa sobre la piel de alguien!

—¡Buf! ¡Sólo de pensar lo que debe de doler se me ponen los pelos de punta! ¿A ti no te dolió que te tatuasen en la cara?

—¡Mucho! Pero a veces hay que sacrificarse por lo que uno quiere.

**Maui** la mira con sus ojos **negros** como ese polvo de leña quemada de la tinta de los tatuajes y ella le devuelve una sonrisa. Es una suerte tener un amigo como **Maui**.

Se pasan mucho rato dibujando. Ahora **Susú** tuerce menos las líneas. Sin que se dieran cuenta, ha empezado a anochecer.

—¡Se ha hecho tarde! Debo irme a casa.

—¡Imposible! —dice la señora Karité, mientras se acerca a ellos—. ¡Es la hora de cenar!

—Pues precisamente por eso tengo que marcharme, para que ustedes cenen tranquilos.

La señora Karité mira un poco extrañada a su hijo, como si **Susú** hablara en un idioma incomprensible. **Maui** se ríe.

—**Susú**, nosotros nunca dejamos que alguien se marche de nuestra casa sin haber comido o cenado. Es nuestra obligación con los visitantes.

—¿Obligación? ¡No tenéis obligación de darme nada!

—Sí, sí la tenemos —dice el padre, que acaba de salir de la cabaña—. Tú eres nuestra invitada.



Por eso tendrás el mejor lugar y la mejor ración de la cena. Esa es la costumbre que siempre hemos seguido.

**Susú** se acuerda del **capitán Krug**. Si estuviera espiando en ese momento, seguro que diría: «En esta **isla** están todos locos». Pero son los locos más amables que ha conocido nunca.

La **familia Karité** cumple todo lo que ha dicho. La hacen sentarse en la única silla de verdad y ellos se sientan encima de unos troncos de árbol. Es a ella a quien sirven en primer lugar una enorme





ración de pollo con **puré de calabaza**, acompañada de unas tortitas que hace la madre de **Maui**.

—¡Está todo buenísimo! —les dice **Susú**.

La **familia Karité** sonrío agradecida.

La madre se pone a cantar mientras prepara unas tortas dulces para el postre. Enseguida la imitan **Maui**, su hermana y el señor Karité. Animan a **Susú** a que se sume y cante con ellos, pero ella se excusa. Con lo lanzada que es **Susú** para algunas cosas, eso de ponerse a cantar en público le da **vergüenza**.





Después de cenar, **Maui** insiste en acompañarla hasta su casa.

—¿Es que acaso piensas que me da miedo la oscuridad? —le dice poniéndose un poco chulita.

—Pues debería.

—¿No irás a decirme que hay leones sueltos por **Isla Marabú**?

—No, pero sí hay peligros: los agujeros del camino y las ramas que uno no ve en la oscuridad. Podrías romperte una pierna, o la cabeza. Y no es el único peligro...

—¿Más peligros?

—En **Isla Marabú** no hay leones, pero sí una serpiente. Hay que tener cuidado porque las serpientes son muy traidoras: se mueven en silencio y, cuando menos lo esperas, te muerden. Su veneno es mortal.

—¿Y cuántas serpientes horribles de esas hay?

—Sólo una. Nosotros la llamamos Rieki-boloka. En la lengua de nuestros antepasados quiere decir: «la reina que se arrastra».

—Bueno, si sólo es una...



El señor Karité interviene:

—Sólo es una serpiente, pero no hay que tentar la suerte. **Maui** sabe escuchar, él puede saber si Rieki-boloka se acerca.

**Susú** ya no se siente tan valiente. Y, además, le encanta que **Maui** se preocupe por ella.

Él le ofrece su mano y ella duda un poco. Eso de agarrarse de la mano es cosa de novios, pero **Maui** le sonrío, como quitándole importancia. Y decide que los amigos también pueden ir de la mano... ¡sobre todo si han de atravesar una **isla** a oscuras!





**Maui** mira las estrellas y enseguida sabe hacia dónde deben ir y, como conoce todos los atajos, ella le agarra muy fuerte de la mano y se deja guiar. Así, llegan sin un solo tropiezo a la Casa de los Buzos.

—¡Gracias! **¡Jopeta, qué tarde se ha hecho!** ¡Seguro que **Tío Rufus** me ha echado de menos!

—¡Cooooooooompletamente equivocadoooooooo!  
—se oye berrear dentro de la casa.

Los dos se ríen y se despiden con el saludo maorí, cabeza con cabeza.

